

MSS 385  
17/26  
c.1

Domingo 13 de Febrero de 1921

LOS QUE SE FUERON ...

Durante una semana estas siluetas nos han sido tan familiares, como el guardián de zocalón que en cada esquina espera resignado, bajo el quitasol de la semáfora el automóvil que ha de atropellarlo indefectiblemente.

Rubicundos, sonrientes bajo la coqueta gorra blanca, con cierto aire infantil, acrecentado por el traje, las figuras formidables de estos "dreadnoughts" humanos invadieron de pronto la ciudad.

Y empezó para el público la prolija observación de los huéspedes, con los correspondientes comentarios.

-!Si son todos igualitos! !Parecen hechos a máquina!

-Y se les entiende todo - agregaba un cantinero. Dicen "whisky", "coctail", "gin sour", como si fueran chilenos.

Posiblemente el doctor Fernández Peña - uno de los 26 profesores encargados por el gobierno de enseñarles español en 8 días - no pensaba lo mismo; pero hay que confesar que esa misma falta de "sequía" contribuía a conquistarles las simpatías populares.

-! Son muy gallos! - me decía un cochero entusiasmado.- El otro día, uno llegó a una frutería, y por señas pidió un melón bien grande: le sacó una tajada y comenzó a botarle las pepas y la carne.- ¿qué irá a comerse este gringo? Le va a dejar la pura cáscara! me decía yo, mirándolo. Cuando - ¿quién les dirá, señor? - sacó del bolsillo su botella, la echó adentro del melón, le volvió a poner la tajada y se fué lo más contento con el melón debajo del brazo.

Disciplinados, correctos, con una corrección que es difícil conseguir de una marinería tan numerosa en una tierra como la nuestra - que no brilla por exceso de vigilancia policial - los marineros norteamericanos lograron en pocos días captarse la decidida voluntad del público.

Un poeta tropical, amigo mío, cuya característica es el odio más mortal hacia estos "hombres de ojos azules y alma bárbara, como los llama Rubén Darío, estaba inconsolable, se sentía defraudado.

-! Va a ver usted - me decía. - Estos hombres van a hacer alguna atrocidad, yo los conczco. No crea usted que estas visitas las hacen por amabilidad, no señor; las hacen por negocio...

-¿Cómo por negocio? ¿Cree usted que es muy barato venir con una esquadra semejante?

-!Ah! es que estos yankees saben mucho! Se costean con indemnizaciones. ¿Ve usted ese individuo grande, inmenso, con un garrote en la mano?

-Por cierto: es un policía.

-No lo crea. A esos los traen especialmente contratados, para que los maten. Llegan a un grupo numeroso, provocan una reyerta, les dan una puñalada, cobran indemnizaciones y... con eso costean el carbón... !Usted va a verlo!

Y mi amigo el poeta tropical se retiró con la altivez de una sibila que ha pronunciado su oráculo.

El antiyankófilo sigue defraudado. Los norteamericanos se han alejado del país, dejando en nuestro pueblo el simpático recuerdo de sus siluetas varoniles e ingenuas, que durante una semana lograron hacérsenos tan familiares, y casi tan chilenas, como el mote con huesillos, las crisis ministeriales, la chicha baya de Aconcagua y las emisiones de papel moneda.